

hombre católico estaba muy enfadado con unas moscas que le molestaban mucho; llegó á visitarle un hereje maniqueo, y cuéntale su trabajo, que no se podía valer de las moscas, y que estaba muy tentado con ellas. Al maniqueo parecióle aquella buena coyuntura para encajarle su error, que era haber dos principios de las cosas, uno de las invisibles, que es Dios, y otro de las corporales y visibles, que decían los maniqueos ser el demonio, contra el cual error se pusieron en el Símbolo que canta la Iglesia aquellas palabras: *Visibilia omnium, et invisibilia*: donde confesamos que todas las cosas crió Dios, no solamente las espirituales é invisibles, sino también las corporales y visibles. Pues viendo el hereje tan buena ocasión para persuadir al otro su error, dícele: ¿Quién crió estas moscas? El otro, como estaba tan enfadado con ellas, y le parecían tan mal, no se atrevió á decir que Dios las había criado. Cógesela el maniqueo, y dícele: Pues si Dios no hizo estas moscas, ¿quién las pudo hacer? Dice el otro: El diablo creo que las hizo. Vuelve luego el maniqueo: Pues si el demonio hizo las moscas, como vos decís, la abeja es un poquito mayor que la mosca, ¿quién la hizo? No se atrevió el otro á decir que Dios había criado la abeja, y la mosca no, porque iba muy poco de la una á la otra: y así dijo, que si Dios no había criado las moscas, tampoco criaría las abejas. Fué el maniqueo

poco á poco llevándole mas adelante, y de la abeja pasó á la langosta, que es un poco mayor, y de la langosta á la lagartija, y de la lagartija al pajarito, y del pajarito á la oveja, y de allí al buey, y después al elefante, y finalmente al hombre: *Et persuasit homini, quod non à Deo factus est homo*; y persuadióle que tampoco había criado Dios al hombre. Mirad á qué extremo de males vino á traer á este miserable el no saber sufrir una pequeña mortificación de unas picaduras de moscas; y así dice san Agustín: Guardaos no os engañe el demonio cuando estais tentado y enfadado de las moscas, como engañó á este desdichado, que con las moscas le cazó. Suelen, dice, los cazadores poner en el lazo moscas para cazar algunas aves, y así lo hizo el demonio con este desventurado, que con moscas le armó, y le cogió. Pues guardaos no os engañe á vos también el demonio cuando estais enfadado y tentado, triste y melancólico sobre cosas pequeñas y menudas, porque con estas moscas suele cazar el demonio á muchos, y llevarlos poco á poco á cosas mayores.

CAPÍTULO XVII.

En que se ponen tres avisos importantes en esta materia.

Para tres géneros que hay de personas pondremos aquí tres avisos, para consuelo de los unos

y desengaño de los otros. Las condiciones de los hombres son diversas: hay algunos que tienen unos naturales difíciles, y sienten gran dificultad, y gran repugnancia y contradicción de su carne para las obras de virtud, con lo cual andan desconsolados, pareciéndoles que es ya todo perdido (1). Para esto es el primer aviso consolatorio, que no está la culpa ni la imperfección en tener y sentir estas repugnancias y movimientos contra la razón, sino en seguirlos y obrar conforme á ellos; como en las tentaciones no está la culpa en los movimientos ó pensamientos malos y feos que nos vienen contra la castidad, ó contra la fe, ó contra cualquier virtud con que algunos se suelen afligir y desconsolar mucho. Dicen muy bien los Santos: no os fatigéis ni tengáis pena de esto, que no está la culpa en el sentimiento, sino en el consentimiento. Cuando á vos os pesa de esas cosas, y procuráis resistir y no hacer caso de ellas, antes son materia y ocasión de mayor merecimiento. De la misma manera es en las inclinaciones y condiciones malas que tenemos de nuestra naturaleza, unos mas, otros menos, de las cuales se nos levantan tan malos movimientos de nuestro apetito, y tantas repugnancias y dificultades para lo bueno: no está en eso el ser uno malo ó bueno, ni el ser perfecto ó imperfecto,

(1) Ludovic. Blosius, in Specul. spirit. cap. 6.

porque eso es natural, y no está en nuestra mano, sino que lo heredamos con el pecado. Y san Pablo con ser san Pablo sentía en sí esa contradicción y rebeldía de su carne, y decía: *Video aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis meae et captivantem me in lege peccati, quae est in membris meis*. Ad Rom. vii, v. 23. Y san Agustín explica á este propósito aquello del salmo iv: *Irascimini, et nolite peccare*: Airaos, y no queráis pecar: *Id est, licet insurgat motus animi, qui jam propter penam peccati non est in potestate, saltem non consentiat ei ratio, et mens, sed mente serviamus legi Dei, si adhuc carne servimus legi peccati*: Aunque se levante allá en vuestro apetito el movimiento de impaciencia y de ira, no os dejéis llevar ni consentáis en él, y no pecaréis. Bramando iban aquellas vacas que llevaban el arca del Testamento, porque les habían quitado sus becerros, que naturalmente amaban; pero al fin dice la sagrada Escritura, I Reg. vi, v. 12, que iban su camino derecho, sin declinar ni á la diestra ni á la siniestra. Id vos por el camino derecho de la virtud, y no oigáis los bramidos de la carne, ni hagáis caso de ellos, y con eso podéis ser perfecto.

Esa es la diferencia que hay entre los hombres espirituales que tratan de perfección, y los carnales y sensuales que no tratan de eso: no está la diferencia en sentir ó no sentir dificultades y contradiccio-

nes de la carne, sino en que estos se dejan llevar de ellas, y aquellos no. El pez vivo va agua arriba, el muerto agua abajo. Pues en esto se verá si sois hombre espiritual, y vive en vos el espíritu, ó si está muerto, en si vais agua arriba contra la corriente de vuestras pasiones, ó si os dejais llevar de ellas agua abajo. El hombre espiritual no oye los clamores y ladridos de la gula y apetito sensual, ni se deja llevar de ellos, como dice el santo Job, xxxix, v. 7: *Clamorem exactoris non audit*. Al vientre llama exactor, porque pide mas de lo necesario. Dice san Gregorio, lib. 30 Mor. c. 13: *Clamorem exactoris non audire, est violentis temptationum motibus minime consentire*. En esto está todo el punto, en no dar oídos á las tentaciones y apetitos que se levantan, ni consentir en ellos. Y así nadie debe desmayar por sentir en sí malas inclinaciones, sino animarse á sacar de eso mayor corona, como de las tentaciones: así nos lo aconseja san Agustin en el sermón tercero de la Ascension, exhortando y animando á que subamos todos al cielo con Cristo. Entre otros medios que pone para subir allá, son menester pasiones y malas inclinaciones: *Ascendamus etiam post illum, per vitia ac passiones nostras*: Subamos tambien al cielo con Cristo, ayudándonos de nuestras mismas pasiones. Y si preguntáreis de qué manera nos podrémos ayudar de las pasiones para subir al cielo, responde, que

trabajando cada uno por sujetarlas y dominarlas con ánimo generoso: *De vitiis nostris scalam nobis facimus, si vitia ipsa calcamus*. De esta manera harémos de nuestras pasiones escalones para subir á lo alto, porque ellas mismas nos levantarán sobre nosotros, si estuvieren debajo de nosotros; poniéndolas debajo de los piés, nos servirán de escalones para subir al cielo.

De nuestro bienaventurado Padre san Ignacio leemos en su vida, lib. 5, c. 5, que siendo de su natural muy colérico, se habia vencido y mortificado, y trocado tanto con la gracia del Señor, que le juzgaban por flemático. Y aun allá de Sócrates cuenta Plutarco, lib. 3, apolog. 80, que viéndole un fisonomista, que por la composicion exterior del cuerpo y facciones del rostro conocia las inclinaciones naturales de cada uno, dijo, que aquel hombre era muy mal inclinado á deshonestidad y glotonería, á embriaguez y á otros muchos vicios. Los discípulos y amigos de Sócrates indignáronse mucho con aquel hombre, y quisieron poner las manos en él: Sócrates los detuvo diciendo: Paso, que verdad ha dicho este hombre; porque tal fuera yo verdaderamente, si no me hubiera dado á la filosofia y ejercicio de la virtud. Pues si aquel filósofo con las fuerzas naturales habia alcanzado tanto señorío y victoria de sus malas inclinaciones, mejor las podrá alcanzar el cristiano y religioso, ayudados de la

gracia del Señor: *Sapiens dominabitur astris*: mas poderosa es la gracia que la naturaleza.

Hay otro género de personas que naturalmente son de buena condicion: *Sortiti sunt animam bonam* (Sapient.), que no parece que pecaron en Adán, como solia decir de san Buenaventura su maestro Alejandro de Ales: tienen un natural tan bueno y tan suave, que todo parece se lo hallan hecho, ninguna cosa se les hace dificultosa, ni sienten esas repugnancias y contradicciones en su carne, que otros; antes dicen: ¿Cómo me dicen que habia dificultades en la Religion, que yo no hallo ninguna? Para estos es el segundo aviso para desengañarlos. Si Dios os ha dado esta buena condicion y blandura natural, que no sentís esas dificultades, ni casi sabeis qué cosa sea tentacion que os dé pena, no os enorgiais ni tengais vanagloria; porque eso no es virtud que hayais vos alcanzado, sino natural con que vos nacisteis, y la virtud y aprovechamiento de cada uno no se ha de medir por el semblante del rostro, ni por este exterior, que se parece de fuera, ni por el natural blando y condicion fácil y suave, sino por la fuerza que cada uno se ha hecho, y por la victoria y señorío que ha alcanzado de sí mismo; esa es la medida cierta y segura del aprovechamiento de cada uno, y en eso mas ha hecho el otro que tiene el natural fuerte y colérico, que vos que os lo hallais todo he-

cho, y no teneis que vencer, y así será digno de mayor premio y galardón

Alaba Plutarco, cap. 5, á Alejandro Magno sobre todos los monarcas del mundo, diciendo que los otros nacieron monarcas; mas este ganó la monarquía con su brazo y lanza, y con muchas heridas que en diversas batallas recibió. Así aquellos que á punta de lanza, como dicen, han vencido sus pasiones mortificándose y yéndose á la mano, son dignos de mayor loa y gloria que los que se nacieron con ese sosiego natural y con esa paz, y no han tenido que vencer. Y así no teneis de qué tener vanagloria, ni por qué teneros en mas, por ser de buena condicion, ni por qué tener á los otros en menos, por ver que tienen naturales fuertes y condiciones difíciles; antes habeis de tomar de allí ocasion para confundiros y humillaros, viendo que no es virtud en vos la que lo parece, sino natural, y en el otro es virtud todo lo que hace: vos no os habeis aprovechado nada, porque no os habeis vencido en nada, y el otro ha aprovechado mucho, porque se ha reprimido y vencido en muchas cosas. Al otro el tener mas duro contraste, y mas rebelde natural que vencer, le hace tener mas cuidado de sí, y andar mas sobre aviso y con mas fervor, y así va creciendo siempre en virtud; y á vos el tener buen natural os es ocasion de ser descuidado, y andar con una continua tibieza: como no te-

neis contrarios y enemigos, os haceis lerdo y haragan. Y será bueno tambien en esto considerar cuál fuérais si Dios os hubiera dado natural fuerte y dificultoso como al otro, y creed que hiciérais mas y mayores faltas que él: si teniendo tan buen natural y tan buena condicion haceis tantas faltas y sois tan tibio y remiso, ¿qué fuérais si tuviérais los contrastes y contradicciones que el otro tiene? Y así como decimos que cuando no permite Dios que os vengan tentaciones habeis de pensar que es por vuestra flaqueza, porque no teneis virtud para eso; así tambien habeis de entender que fue particular merced del Señor el daros ese buen natural y esa buena condicion; porque no tuviérais virtud para vencer el natural fuerte y vehemente como el otro la tiene. Con esto conservaréis en vos por una parte la humildad, y por otra la estima de vuestro hermano.

El tercero aviso es para desengañar á otro tercero género de personas, que no sienten en sí esas repugnancias y contradicciones, ni esa rebeldía de la carne, sino que les parece que tienen paz consigo, y no es porque estén mortificados, ni tampoco porque tengan buen natural y buena condicion, como los pasados, sino porque no tratan de irse á la mano, ni de contradecirse y vencerse, antes gustan de seguir su apetito é inclinacion, y con eso no sienten esas repugnancias y contradicciones: paréceles

que tienen paz, y no es paz verdadera, sino falsa y fingida: *Dicentes: Pax, pax, et non erat pax.* Jerem. VI, v. 14. Sobre aquello de san Pablo: *Video autem aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis meae, et captivantem me in lege peccati,* ad Rom VII, v. 23, dice el glorioso Agustino: *Quam pugnam non experiuntur in semetipsis, nisi bellatores virtutum, debellatoresque vitiorum.* Aug. lib. de continent. Esta guerra y contradiccion de la carne contra el espíritu, y del espíritu contra la carne, ni la sienten ni experimentan en sí sino aquellos que tratan de adquirir las virtudes y desarraigar de sí los vicios. Y así vemos que los mundanos no entienden este lenguaje de mortificacion, porque están hechos á seguir su voluntad en todo lo que se les antoja, y aquello tienen por regla y por ley: *Sit pro ratione voluntas.* No saben qué cosa es contradecirse, ni irse á la mano en sus apetitos, y así no sienten guerra, ni contradiccion alguna en sí, porque no la hay para lo que ellos quieren; pero los que tratan de espíritu, y trabajan por alcanzar las verdaderas virtudes, y desarraigar de sí los vicios y malas inclinaciones, luego sienten esta guerra y contradiccion de la carne. Así como el ave no siente que está presa hasta que quiere salir del lazo; así el hombre no conoce bien la fuerza de sus vicios y malas inclinaciones hasta que trabaja por salir de ellas. Al abrazar de la virtud, se declara

la contradiccion del vicio que le repugna.

En el libro de los hechos de los santos Padres se cuenta, que un monje preguntó á uno de aquellos Padres antiguos: ¿Qué será la causa que no siento en mi alma aquellas peleas y contrastes de tentaciones que otros sienten? Respondió el Padre: Porque eres como una grande portada, que entra quien quiere, y sale quien quiere, sin saber ni entender tú lo que se hace y pasa por tu casa. Tienes mucha anchura de conciencia, poca guarda del corazon, poco recato en tus cosas, en tus sentidos poco recogimiento, y así no te espantes de lo que dices. Si tuvieses la puerta cerrada, y no permitieses entrar los malos pensamientos, entonces verias la guerra que te hacian para entrar. Pues si vos no sentís allá dentro esta guerra y estos combates y peleas de la carne, mirad no sea por ventura porque seguís en todo vuestra voluntad; mirad no sea porque no tratais de contradecir á vuestros apetitos, ni de desarraigar los vicios y malas inclinaciones que teneis.

CAPÍTULO XVIII.

Que por bueno y aprovechado que uno sea, siempre tiene necesidad de ejercitarse en la mortificacion.

El bienaventurado san Bernardo, serm. 58 super Cant., dice, que

siempre es menester andar con el escardillo de la mortificacion en la mano, arrancando y mortificando, y que no hay quien no tenga necesidad de cortar y podar algo, por mucho que se haya mortificado, y parezca que está aprovechado: *Credite mihi, et putata repullulant, et effugata redeunt, et recenduntur extincta, et sopita denuo excitantur:* Creedme, dice, que lo podado vuelve á brotar, y lo que parece que estaba ya mortificado ó muerto del todo, vuelve á revivir; y así no basta podar y cortar una vez, sino muchas, y siempre es menester andar podando y mortificando nuestras pasiones y malas inclinaciones: *Parum est ergo semel putasse, sepe putandum est, imo si fieri potest, semper, quia semper quod putari oporteat, si non dissimulas, invenies.* Es muy buena comparacion á este propósito lo que vemos en los jardines. Veréis en ellos hecho de arrayan, y de otras yerbas, aquí un leon, allí un hombre á caballo, allí un águila. Pero si el jardinero no anda siempre cortando y despuntando las hojitas que van creciendo, á pocos dias ya no será aquel leon, ni la otra águila, ni estará el otro á caballo; porque va brotando la naturaleza, y crece la yerba conforme á su natural. Así acá, aunque seais un leon y una águila, y aunque os parezca que estais muy fuerte y sobre vos, si no andáis siempre cortando, y cercenando y mortificando, presto no seréis leon ni águila, sino mónstruo; porque

tenemos acá dentro otra raíz contraria que está siempre brotando y creciendo conforme á su natural, de manera que siempre hay que mortificar: *Quantumlibet in hoc corpore manens profeceris, erras, si vitia putas emortua, et non magis suppressa: velis, nolis, intra fines tuos habitat Jebuseus, subjugari potest, sed non exterminari*: Por mucho que hayais aprovechado, siempre está con vos el enemigo; podeis-le reprimir y sujetar, pero no le podeis acabar de desterrar de vos. Dice san Pablo: *Scio quia non habitat in me, hoc est, in carne mea bonum*. Ad Rom. VII, v. 18. Sé que no mora en mi carne bien. Poco dijo en eso, dice san Bernardo, sino añadiera que moraba en ella el mal y el vicio, y la mala inclinacion, como lo añadió luego, diciendo: *Non enim quod volo bonum, hoc facio, sed quod nolo malum, hoc ago: si autem quod nolo, illud facio; jam non ego operator illud, sed quod habitat in me, peccatum*. Dice san Bernardo: *Aut te ergo si audes, præfer Apostolo, aut fatere cum illo, te quoque vitiis non carere*: Ó habeis de preferiros al Apóstol, ó habeis de confesar con él que mora tambien en vos el vicio é inclinacion mala, y que siempre teneis que mortificar.

Del santo abad Efren, confirmando esto mismo (1), dice: *Bellum militum breve; sed Monachi pugna, continuo ad usque migret ad Dominum, durat*: La guerra de los soldados presto se acaba; pero la guerra es-

(1) Ephren, exhort. ad pietat. t. 1, p. 7.

piritual del religioso dura toda la vida. Mucho mas hay que hacer en mortificar y moderar nuestros afectos y pasiones, que en labrar unas piedras muy duras; porque fuera de que en la piedra no hay resistencia ni contradiccion al oficial, como la hay en nosotros, despues de labrada una vez no vuelve á ser tosca como primero; pero nuestros afectos y pasiones múdanse muy á menudo, y tornan á revivir y á reverdecer, y así es menester tornar de nuevo sobre ellas otra y otra vez. San Jerónimo (1) sobre aquello del Profeta, Psalm. CXVII, v. 5: *Psallite Domino in cithara*, dice, que así como la vihuela no hace buena música ni consonancia sino estando bien templadas las cuerdas, y una sola que esté quebrada ó desconcertada hace disonancia; así una sola pasion que esté en nosotros desconcertada é inmortificada, no podrá nuestra ánima hacer buena música á los oidos de Dios; es menester que todas las pasiones estén concertadas: *In psalterio decem chordarum psallite illi*. Psalm. XXXII, v. 2. Pues para llegar aquí, bien se ve cuán necesario es andar siempre en este ejercicio. Por esto aquellos Padres antiguos aun á los ya muy perfectos los probaban y ejercitaban en muchos géneros de mortificaciones y menosprecios, como lo refiere san Juan Climaco: y daban otra razon muy buena para esto; porque muchas veces los que parecen muy perfectos, y

(1) Hieron. lib. 6 sup. Isai. II, 16.

muy sufridos de trabajos, si los prelados dejan de probarlos y ejercitarlos como á hombres ya consumados en la virtud, vienen por tiempo á perder ó menguarse aquella modestia y sufrimiento que tenían; porque aunque la tierra sea buena, gruesa y fructuosa, si le falta la labor y el riego, suele hacerse silvestre y estéril, y viene á producir cardos y espinas: así por muy aprovechado y perfecto que sea uno, si le falta el riego y la labor, que es la mortificacion y el ejercicio del sufrimiento, se hará tierra silvestre é infructuosa, y producirá espinas de pensamientos malos y deshonestos, y de una seguridad falsa y engañosa. De manera que todos tenemos necesidad de mortificacion, no solo los mal acondicionados, sino los que tienen buena condicion; y no solo los imperfectos y los que comienzan, sino tambien los muy antiguos y perfectos; y no solo los que han pecado, sino tambien los que no han ofendido á Dios: los unos para alcanzar la virtud, los otros para conservarla. El que camina en una bestia, por buena y mansa que sea, lleva el freno y espuelas, porque al fin es bestia.

En aquellas palabras que dijo Cristo nuestro Redentor: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam*; añade el evangelista san Lucas: *Et tollat crucem suam quotidie*. Luc. IX, v. 23. El que quisiere venir en pos de mí,

lleve la cruz cada dia, y sígame. No se os ha de pasar dia ninguno en que no quebranteis vuestra voluntad en alguna cosa; y si se os pasare, dice san Juan Climaco, cap. 4, tenedlo por gran detrimento, tened por perdido aquel dia, y pensad que en él no habeis sido religioso, como decia el otro emperador romano el dia que no habia hecho mercedes: *Amice, diem perdidisti*. Sueton. c. 8 in Tito. Perdido habemos este dia, hoy no habemos reinado, hoy no habemos sido reyes ni emperadores, porque no habemos hecho mercedes á nadie. Pues mas propio es del religioso mortificarse y negar su voluntad, que de los reyes y emperadores hacer mercedes; porque eso es ser religioso, hacer lo que no quereis, y dejar de hacer lo que quereis.

Buen ejemplo nos dejó en esto, como en todo lo demás, nuestro Padre san Francisco de Borja, el cual decia (1), que sin duda le seria á él amarga y desabrida la comida el dia que no castigase su cuerpo con alguna buena penitencia ó mortificacion. Y añadía: que viviera desconsolado, si supiera que la muerte le habia de tomar en dia que no hubiese hecho alguna penitencia y mortificado sus sentidos. De manera que no se le pasaba dia en que no se mortificase, y pedia y suplicaba al Señor que le hiciese esta merced, que los regalos le fuesen tormento y cruz,

(1) Lib. 4, cap. 5 de la vida del Padre san Francisco de Borja.

y los trabajos regalo, que es el tercero y mas perfecto grado de mortificación; y así decia, cap. 23, que no le regalasen hasta que alcanzase esto de Nuestro Señor. Siempre andaba en perpétua vela, haciendo guerra á su cuerpo, y siempre hallaba en qué le mortificar y maltratar, y llamaba amigos suyos todas las cosas que le ayudaban á afligirle: si el sol le fatigaba caminando en estío, decia: ¡Oh cómo nos ayuda bien el amigo! y lo mismo decia del hielo, y del aire y de la lluvia en el rigor del invierno, y del dolor de la gota, y del mal de corazón, y de los que le perseguían y murmuraban: á todos los llamaba amigos, porque le ayudaban á vencer y sujetar su cuerpo, al cual tenia él por capital enemigo, y no se contentaba con las mortificaciones y trabajos que se le ofrecían, sino andaba á buscar nuevas invenciones para mortificarse. Algunas veces ponía arena y chinillas en los zapatos, para que andando le lastimasen los piés: en el estío se iba muy de espacio por el sol, y en el invierno por la nieve y hielo: y traía pelados los aladares de arrancarse los cabellos: cuando no podía tomar disciplina, con pellizcos y con otros artificios atormentaba su carne, y en las mismas enfermedades buscaba maneras para añadir dolores á dolores y penas á penas; porque las purgas, por amargas que fuesen, las bebía á sorbos, como si fuera una escudilla de sustancia, las píldoras amargas las mascaba

y deshacia entre los dientes, y las traía en la boca muy de espacio, y de esta manera mortificaba y atormentaba sus sentidos, y crucificaba su carne, y así vino á llegar á la perfeccion y santidad que llegó.

CAPÍTULO XIX.

De dos medios que nos harán fácil y suave el ejercicio de la mortificación, que son la gracia del Señor y su santo amor.

Resta que tratemos de algunos medios que nos ayuden á que este ejercicio de mortificación, que tan necesario nos es, se nos haga, no solo fácil y llevadero, sino suave y gustoso. El primero y principal medio para esto ha de ser la gracia del Señor, con la cual todo se hace fácil y ligero. Estaba el apóstol san Pablo muy fatigado con una tentación, y pedía á Dios con instancia que se la quitase: *Propter quod Dominum rogavi, ut discederet à me*, II ad Cor. XII, v. 8 et 9; y le respondió el Señor: *Sufficit tibi gratia mea*: Bástate mi gracia. Con la gracia de Dios se sintió tan esforzado, que dice: *Omnia possum in eo, qui me confortat*. Ad Philip. c. IV, v. 13. En Dios todo lo puedo. *Non ego autem, sed gratia Dei mecum*. I ad Cor. xv, v. 10. No yo, sino la gracia de Dios conmigo. No nos deja el Señor solos en este trabajo de la mortificación; él nos ayuda á llevar la carga, y por eso se llama yugo su ley, porque le llevan dos: Cristo se une con

nosotros para llevarle, ¿quién desmayará con tal compañía y favor? No os parezca dificultoso, pues lo menos de ello habeis de hacer vos. Por esto, aunque le llama yugo, dice que es suave, y aunque le llama carga, dice que es liviana: *Jugum enim meum suave est, et onus meum leve*. Matth. XI, v. 30. Porque aunque considerada nuestra naturaleza y pocas fuerzas sea pesado, y eso denota el nombre de yugo y de carga; pero con la gracia de Dios es fácil y suave; porque nos lo alivia el mismo Señor, como lo promete por el profeta Oseas, XI, v. 4: *Et ero eis quasi exaltans jugum super maxillas eorum*: Yo les seré como quien levanta el yugo, y le quita de encima de sus mejillas. Y por Isaías, X, v. 17, dice: *Computrescet jugum à facie olei*. Parece la mortificación yugo y carga pesada; pero es tanto el favor y gracia de Dios, significada por el óleo, que se pudrirá el yugo, y se ablandará de manera que no se os asiente ni aun le sintais.

San Bernardo en el sermón primero de la Dedicación de la Iglesia, dice: Así como cuando consagra las iglesias se usa aquella ceremonia que ungen las cruces con óleo santo; así hace Dios nuestro Señor en las ánimas de los religiosos, porque con la unción espiritual de su gracia va ungiendo y ablandando en ellos las cruces de la penitencia y mortificación, para que se les hagan fáciles y suaves: y así muchos huyen de este

santo ejercicio, porque ven la cruz y no ven la unción; pero vosotros que lo habeis experimentado, dice á los religiosos: *Ecce scitis, quia vere crux nostra inuncta est*: sabeis muy bien que nuestra cruz está ungiendo, y que con esta unción no solo es fácil y ligera: *Sed ut ita dicam, amaritudo nostra dulcissima*; sino lo que á los del mundo parece amargo y desabrido, se nos hace á nosotros con la gracia de Dios muy dulce y sabroso. Y así decia san Agustín, que no había entendido el lenguaje de la castidad, ni le parecía que había hombre que la guardase, hasta que entendió la fuerza de la gracia, con la cual podemos muy bien decir aquello de san Juan: *Et mandata ejus gravia non sunt*. I Joan. V, v. 3. No son pesados ni dificultosos los mandamientos de Dios y del Evangelio; porque la abundancia de gracia que da el Señor para hacer lo que manda, los hace fáciles y suaves. San Gregorio, lib. 7 Mor., c. 8, sobre aquello de Isaías, XL, v. 31: *Qui sperant in Domino, mutabunt fortitudinem*, pone dos maneras de fortaleza: una de los justos, para padecer y mortificarse mucho por Dios; otra de los malos, para padecer grandes trabajos por el mundo, y por sustentar la honra y hacienda, y cumplir sus apetitos y deseos: y dice que los que confían en la gracia del Señor mudarán esta fortaleza en aquella de los justos.

Lo segundo que nos hará fácil y